

Escritos sobre el polvo

Arnoldo Kraus

Tema bíblico y poético, el polvo nos recuerda no sólo nuestros orígenes, sino nuestro destino. El médico y escritor Arnoldo Kraus medita acerca de esta casi insustancial figura para adentrarse en algunas de las preguntas fundamentales de la existencia.

El polvo no es una cosa. Tampoco es un objeto. Es “algo extraño”. No tanto por su contenido, sino por su milenaria ubicuidad. Las comillas suavizan —el polvo es “algo extraño”— y permiten elucubrar; abren un espacio a la duda, propician la reflexión. Las ideas arrojadas entre comillas no finalizan. “La tierra de la que todos estamos hechos” es otra idea que requiere escribirse entre comillas. El polvo es un universo inmenso. Otros elementos similares a él —tierra, talco, aserrín, arcilla, harina, lodo, arena— también forman parte de ese entramado.

Al principio escribí: el polvo es “algo extraño”. Ahora agregó: no es algo pero tampoco es nada. La última oración encierra una trampa. No es clara pero es cierta. Es una noción un tanto confusa. Por eso la comparto, por lo mismo escribo. El polvo, ni es cosa, ni es algo, pero está lejos de ser nada. La cuestión podría ser: ¿cómo nombrar y dónde encasillar las sustancias que no son algo pero que tampoco se ubican dentro del universo Nada?

Manuel Felguérez citó de memoria a Pablo Picasso: “El polvo también conserva”. El polvo no tiene memoria pero sí presencia. Unos escriben para desempolvarse, otros, para remover el polvo. Después de corregir llegan nuevos polvos, nuevas tareas. No se puede escribir acerca del polvo sin tachar y sin hacer de las palabras y del papel polvo. Lo mismo sucede con la vida cuando la muerte llega: se hace polvo. Polvo muy fino,

ligero, microscópico: escapa, vuela, se esconde, se va. Imposible recogerlo. El polvo de la vida sin vida sólo queda en la memoria.

El polvo está en todas partes. No contesta pero escucha. Un rayo de luz lo delata. Se escurre pero regresa. Preso de un amor inacabado, de una historia vívida pero no contada, John Fante escribió *Pregúntale al polvo*. Mientras intentaba labrarse su porvenir como escritor, tras muchos encuentros con el polvo acumulado en los lomos y en los forros de los libros, y tras no pocos tropiezos con los libros de la Biblioteca Municipal de Los Ángeles, Charles Bukowski, al leer la novela de Fante, escribió:

Yo era joven, pasaba hambre, bebía, quería ser escritor. Casi todos los libros que leía pertenecían a la Biblioteca Municipal del centro de Los Ángeles, pero nada de lo que leía tenía que ver conmigo... Un día cogí un libro, lo abrí... Cada renglón poseía vida propia.

Fante y Bukowski encontraron en el polvo argumentos, preguntas y respuestas. Algunas preguntas quedaron en el aire, otras, sembraron nuevas dudas.

Cuando termina una relación, cuando finaliza la lectura de un libro, cuando deja de asustar la polvareda que nos coge sorprendidos en la calle o cuando un escrito se agota, “algo se acaba”. Vociferar, llorar, suspirar,

emocionarse, destruir y enamorarse son vivencias frecuentes cuando “algo se acaba”. El polvo vuela. Vuela, y cuando deja de volar, apea dificultades y se introduce en el torrente de la vida y de la Naturaleza. Los resquicios más pequeños de la existencia y de las cosas siempre contienen briznas de polvo.

La naturaleza del polvo, ser una “cosa no cosa”, impide encajonarlo. Su insoluble y continua presencia merecería ser algo más que las detestables partículas presentes por doquier. Los últimos versos de “Amor constante más allá de la muerte”, el inmenso poema de amor de Francisco de Quevedo, avivan el polvo de la vida y el polvo del amor:

Alma a quien todo dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido:

Su cuerpo dejará no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

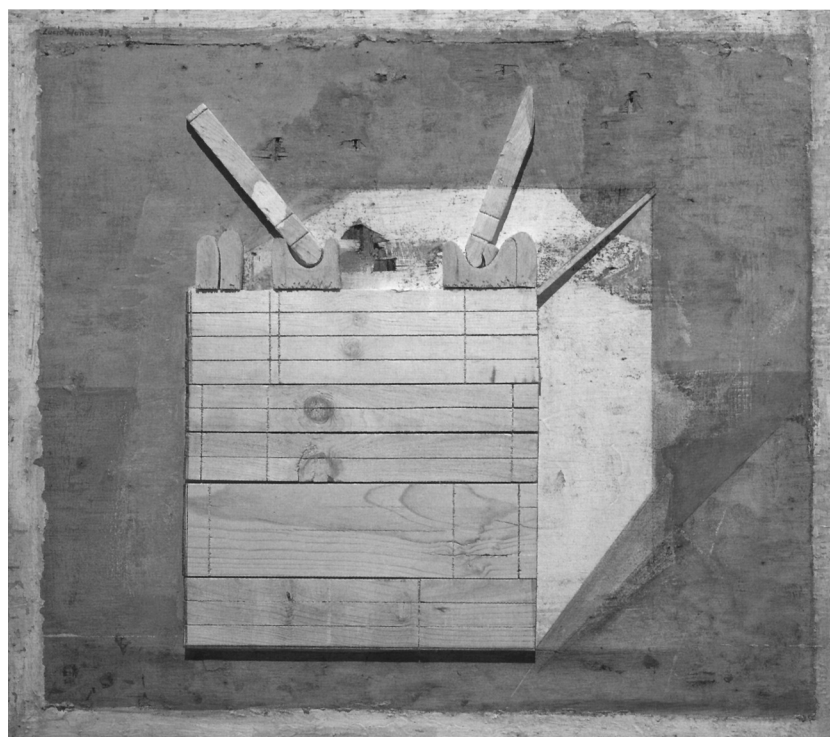
El polvo enamorado es perenne. El polvo de poetas es compañero: los días, las casas, lo que nace y lo que se pierde son interlocutores de esos polvos. El polvo es inmanente. Siglos atrás se escribió: “Polvo eres y en polvo te convertirás”. Humanos y polvo comparten historia y vida. El polvo es inicio y es fin. Se le encuentra por doquier: las “galletas” de aserrín y de polvo fabricadas para que los niños haitianos no mueran de hambre sino de miseria; las costras de lodo convertidas en suelas de zapatos de los incontables e invisibles niños mexicanos, y los cadáveres convertidos en cenizas son parte de la historia y de la presencia del polvo.

El argumento bíblico es contundente. “Polvo eres y en polvo te convertirás”. Pensar en el polvo para pensar en uno mismo. Imaginarse polvo. Pintarse trizas. Pensar en uno mismo a través del polvo primigenio. A pesar de carecer de vida y de ser materia “sin filosofía” es interesante reflexionar en algunas características del polvo: no se destruye, se transforma, no se genera, siempre está. Es ubicuo e inmarcesible. El polvo de ayer es el polvo de hoy. No hay ni más ni menos polvo. La Tierra, desde antes del Génesis, fue diseñada con la misma cantidad de polvo que la que hoy contiene.

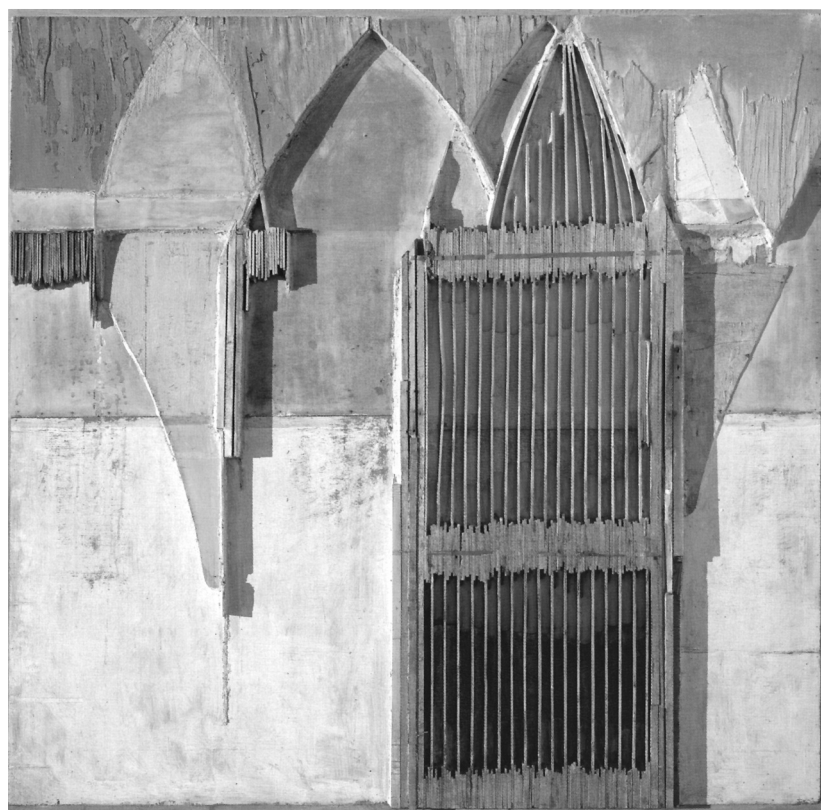
Alguna vez escuché, “el tiempo se hace polvo”. Algún día escribí, “el polvo sabe de los muchos tiempos”. Y agregué: “Lo más cercano es lo más extraño”. El polvo es universal: ¿cuántos polvos pasan primero por unas manos y después por otras? El polvo viaja. Las polvaredas llevan el polvo del Sur al Norte y el del Norte al Sur. El polvo en el plumaje de las aves, forma parte de su biografía, de sus migraciones y también de las andanzas de los seres humanos.

En el mundo de “las cosas no cosas” el polvo es cómplice de muchas historias. Cuando el viento lo desarraiga del surco original y lo transporta a otro sitio, o cuando se desliza entre los pliegues de unas manos y después anida en otras, el polvo lleva consigo pedazos de lugares, fragmentos de vidas, insectos pequeños e historias de seres humanos.

El polvo es un compañero perenne. También es infatigable: las “cosas no cosas” no se cansan. Nunca desaparece. Se sabe de él cuando se le ve. Unos días sin lim-



Lucio Muñoz, *Tabla 16-97*, 1996



Lucio Muñoz, *Tabla 5-97*, 1996

piar la mesa bastan para que cope el espacio. También se sabe de él cuando no se le ve. La mesa pulcra indica que el trapo de alguien lo cambió de lugar. Durante todos los ratos infinitos de la vida de la Tierra, y de las vidas de los seres humanos, el polvo siempre ha estado presente. Rezan los versos que inician el poema “Signos en el polvo” de Rafael Guillén:

Como el dedo que pasa
sobre la superficie polvorienta
del mueble abandonado y deja un surco
brillante que acentúa la tristeza
de lo que ya está al margen de la vida...

Cuando se es niño, la tierra, el polvo, el lodo y la arena son grandes compañeros. Buena parte de los juegos de la infancia transcurre alrededor de ellos. Y buena parte de la escasa malicia infantil nace del arte de vincularse con la sencillez del lodo o la magia de la arena. Incluso con la harina se juega: las caritas de los niños vestidas de harina son parte del juego de la vida. El polvo se apila, se carga, se amasa, se guarda, se esconde, se deposita en una cubeta. A partir de las incontables horas que se

agolpan en mi memoria tras haber jugado cuando niño con la tierra, con el polvo, con el aserrín, con el lodo y con la arena, muchos sueños regresan y avivan historias. Algunos sueños se convirtieron en realidad; otros regresan al polvo que les dio origen.

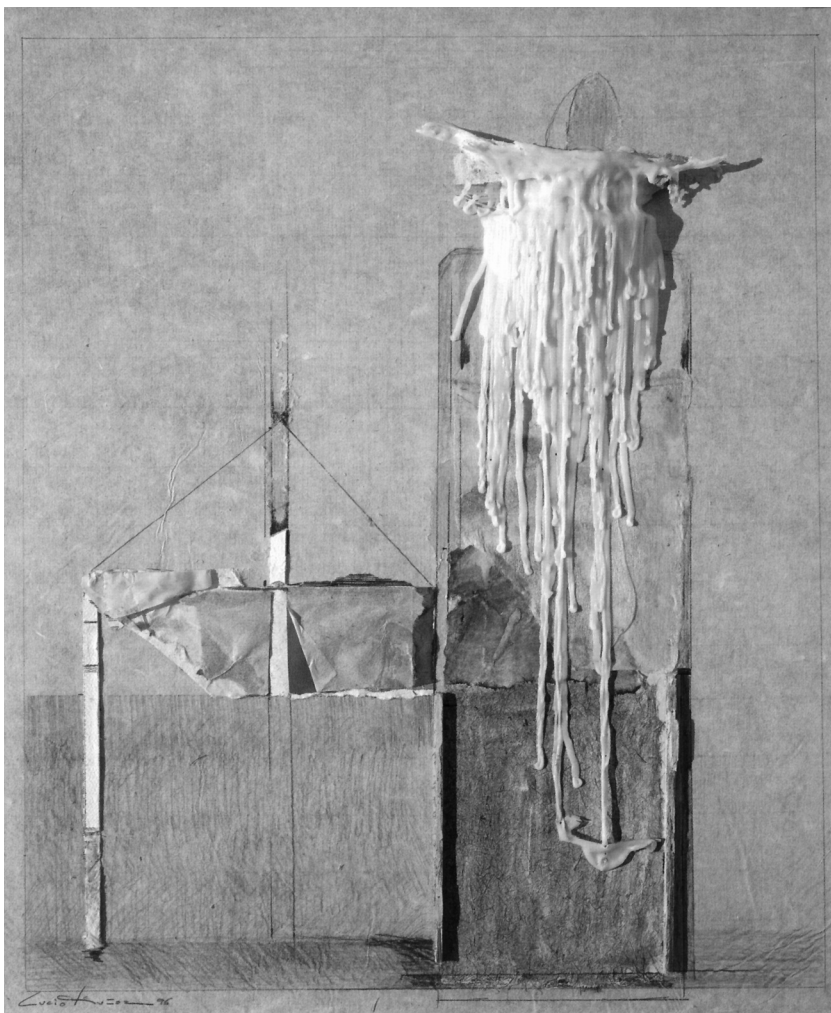
Durante las vacaciones, en el rancho de mi padre, el lodo y la tierra eran grandes compañeros. Mucho del oficio de la niñez se labra gracias a la Naturaleza y a sus infinitos componentes. El polvo, el agua, el viento, la arena, las estrellas... Mis hermanos y yo pasábamos largos ratos cavando en la tierra mientras los amigos la recogían y la transportaban hacia su nuevo destino. El polvo original se transformaba en otro polvo. Lo tocábamos, lo removíamos, lo pensábamos. Adecuarlo a la imaginación requería trabajo. El oficio de la niñez permitía todo. Permitía contagiar la pasión propia de los niños al descubrir lo que se esconde detrás de los escombros, y la admiración que fluye cuando el polvo se escurre a través de los dedos para después volar y regresar a la tierra. El nuevo polvo era parte de una casa en construcción e instrumento para edificar la infancia.

Las faenas asociadas con el polvo eran hermosas. Tocar. Pasarlo de un sitio a otro. Mojarlo hasta lograr su cohesión. Transportarlo en palas improvisadas o en bolsas de papel y escarbar debajo de las uñas hasta eliminarlo fueron momentos inolvidables cuyo tiempo podría englobarse bajo el rubro “universo del polvo”. En ese universo las manos y el polvo eran los actores principales. No se requería más. Polvo, manos, agua, piedras. Jugar y vivir gracias a esos actores fue un regalo de la vida.

Mientras jugábamos, algunas veces decíamos “la tierra”, otras veces “el polvo”. El tiempo se iba sin apenas percatarnos; las montañas de polvo, erigidas puño a puño, tiempo a tiempo, atravesadas por ramas y afianzadas por piedras, se adueñaban de nuestras vidas. El “tiempo del polvo” era muy bello. No transcurría, se quedaba; dejaba el grato sabor del juego limpio, del tiempo sin artilugios. En ese tiempo sin tiempo, al lado de los juegos con el polvo, la vida transcurría envuelta en un inmenso sosiego. Bajo el embrujo de la infancia el tiempo no se hacía polvo.

Me decía: “La de hoy será la montaña más alta y la más bella. Un poco de agua, algunas piedras, las corcholatas de la cena de ayer y muchas hojas será suficiente. Primero será necesario mezclar la tierra con el agua, después agregaré las hojas y, al final, colocaré las piedras y las corcholatas por debajo de la tierra húmeda. Nunca he construido una montaña tan alta”.

Jugar con el polvo era un obsequio del cielo. Amistarse, gracias a él, era un tesoro. Con el polvo que sobraba llenábamos algunas bolsas de plástico. Ante la negativa de mis padres, “no tiene sentido que lleven a casa ese polvo”, lo escondíamos en las bolsas de los pan-



Lucio Muñoz, Collage 28-96, 1996

talones. Ya en casa, mis hermanos y yo vaciábamos los pantalones en frascos, volteábamos las bolsas del pantalón para exprimir toda la tierra, no sólo para no desperdiciarla, sino para atenuar el regaño, “no traje tierra a la casa, la que ves se metió en el pantalón mientras jugábamos en el rancho”. Cuando mi madre se iba la depositábamos en bolsas de papel.

Una vez terminada la faena de los pantalones llevábamos el polvo del rancho al árbol que custodiaba el hogar. Ahí lo esparcíamos y lo mezclábamos con la tierra de nuestros juegos. El polvo de la casa y la tierra del rancho deberían amalgamarse *ad libitum*. Rociarlos con agua contribuía enormidades. El agua unía el destino del polvo del juego con la tierra del árbol que cuidaba nuestra casa. El sueño nunca finalizaba: ¿por qué despertar si el polvo ni reclama ni se agota? Décadas después atesorar esas vivencias: jugar con el polvo y con la tierra fue diversión y escuela. No en balde hay quienes aseveran que algunas cosas tienen alma.

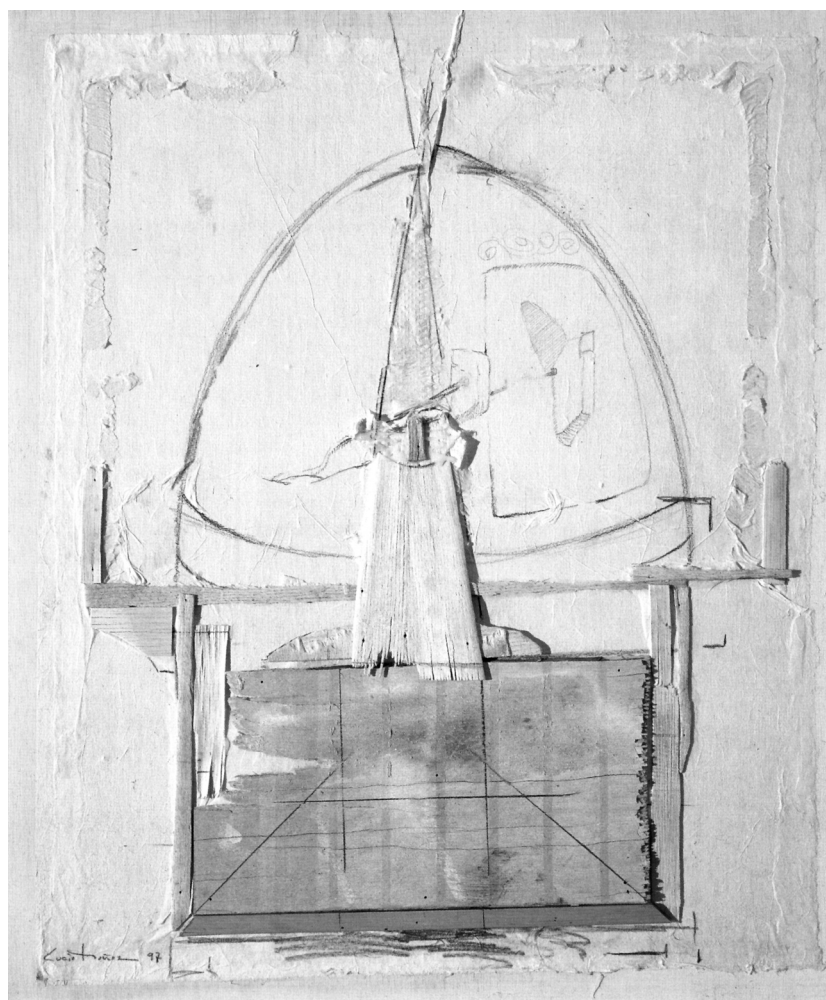
* * *

Ignoro las razones por las cuales los escribanos de la *Biblia* hablaron poco del polvo. En ese libro, las alusiones acerca de él son escuetas. La frase “polvo eres y en polvo te convertirás” es la más conocida; además, es una idea que nunca se transformará en polvo. Su *core* es inmortal: siempre acompañará a nuestra especie. El Génesis era el sitio perfecto para insertar muchas líneas acerca del polvo.

En ese libro se habló de todo lo que de uno u otro modo se relaciona con la Naturaleza. Si el polvo nació con la Tierra, entonces, ¿por qué no se reflexionó más acerca de él en los libros que narran una de las versiones de la historia del ser humano?, ¿por qué no se caviló sobre su imprescindible presencia al lado de animales o de la Naturaleza? Hubiese sido adecuado agregar al “polvo eres y en polvo te convertirás” otros postulados: “los huesos se hacen polvo”; “la vida se hace polvo”; “con el tiempo mucho de nuestras vidas se fue. Quedan algunos recuerdos, queda también el tiempo convertido en polvo”. Más allá del polvo, el polvo.

Hombre y tierra fueron engendrados al unísono. Conviven. Salvo en las nieves, no hay espacio donde el polvo no esté. Cuando no se encuentra en sus lugares habituales —estantes, escritorios, libros, coches, calles, viento— no significa que haya desaparecido. Sucedió lo que sucede con las cosas muy pequeñas: migró. El ser humano y el polvo están acostumbrados a migrar.

Con las “cosas no cosas”, como el polvo, migrar sin dejar huella es la regla. Poco se repara en las “cosas no cosas”. La conciencia carece de espacio para ellas. Eso sucede con las cosas, las situaciones o las ideas que se-

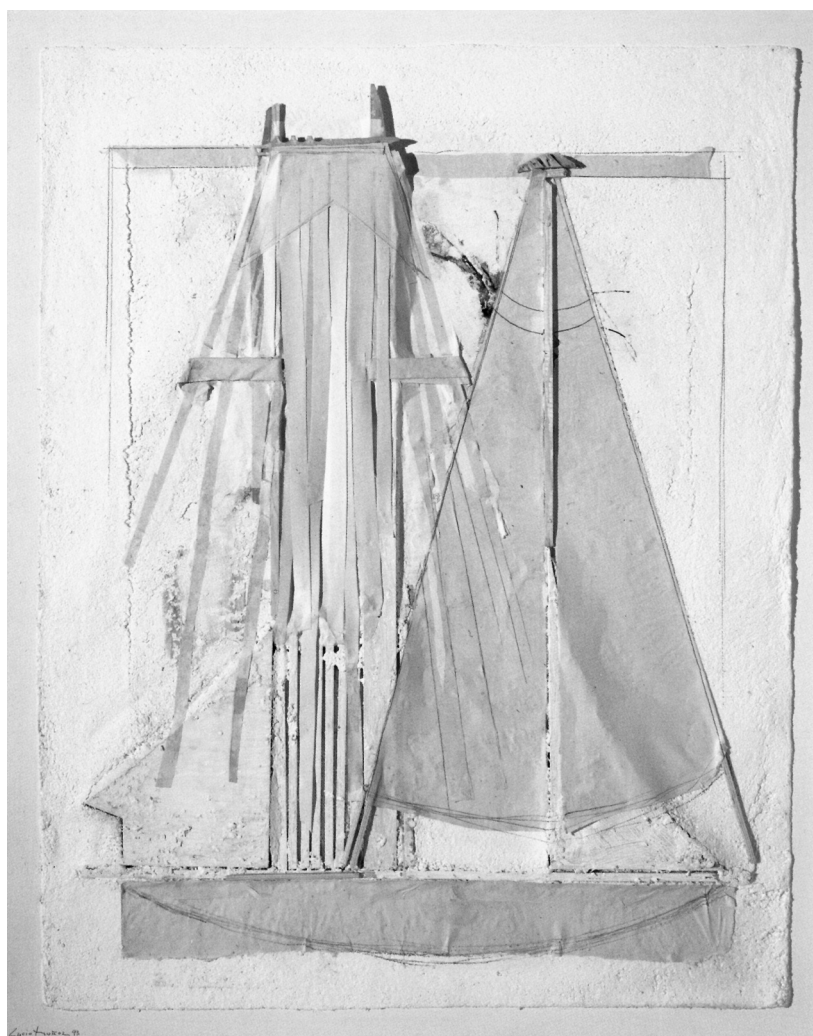


Lucio Muñoz, Collage 4-97, 1997

mejor ser algo aunque no logren serlo. El polvo, las ideas mudas, el tiempo vacío, las palabras suprimidas por las gomas de los lápices o por el *delete* de las computadoras son parte de ese espacio innominado y difícil de explicar. El último estertor del moribundo y el suspiro postrero del enamorado forman también parte de ese universo. Los *algos* nimios tienen pocas probabilidades de sobrevivir cuando la conciencia acerca de ellos es magra.

¿Quién se ocupa del polvo?, ¿quién escribirá la historia del polvo?, ¿quién se detiene en él? Mientras escribo, soplo sobre el teclado de la computadora. Vuelan briznas, vuela polvo, vuelan ideas, cambian de lugar las migas de pan y la ceniza se escabulle y se esconde entre las teclas. Algunos polvos son impertinentes. Los más tenaces vuelan de la tecla q a la m; otros se pegan en la g y otros se impregnan en sus bordes. Cuando es difícil leer me ocupo del polvo de la pantalla. El marco de la pantalla es uno de los resguardos más socorridos por el polvo. Ahí se acumula. Ahí absorbe tiempo. Ahí se detiene un poco la vida. Desde ahí teje historias.

El polvo pasa de una mano a otra, de un libro a otro, de una casa a otra. Se adosa a los cuadernos y a las computadoras. Soplar no basta. Es necesario recurrir a un trapo o a un papel húmedo. Después de tallar unos segundos el trapo pierde su blancura y adquiere la negrura del polvo y del tiempo acumulado. Quizás alguien



Lucio Muñoz, *Papel 3-93*, 1993

escribirá un cuento donde el polvo nos cuente las cosas que vio y nos invite a ver las cosas que no vio.

Aunque el tiempo es incoloro, cuando se piensa en el “tiempo del polvo” y en los polvos hacinados, el tiempo puede adquirir los matices grisáceos o negruzcos propios del polvo. “Tiempo negro”, el de la tierra que cargan las palas para cubrir a la muerte. “Tiempo blanco”, el de la nieve. “Tiempo rojo y sucio”, de la tierra teñida con sangre. “Tiempo rojo y bello”, el que deja el cinabrio.

Mimetizar es otra facultad del polvo. Expulsarlo de las páginas internas de los libros es muy complejo. Bastan algunos días en los estantes para que el polvo se deposite nuevamente entre sus páginas. Barrerlo del frente de la casa es una faena útil e inútil: siempre regresa (aunque sean otros polvos). Enterrarlo es imposible: la connivencia entre los polvos permite que juntos vuelen.

Después de desempolvar la computadora hago lo mismo con la hoja que guarda las anotaciones al margen. Primero soplo y después sacudo la hoja. Saltan migajas de pan, gotas de café y restos de gomas de borrar. El destino de la hoja usada y vuelta a usar es convertirse en

polvo. La mayoría termina en la basura. De los desechos de la casa las hojas pasan al camión de la basura y de ahí al basurero municipal. Las hojas con anotaciones al margen finalizan su existencia cuando se convierten en polvo.

Aunque Antoine Lavoisier dijo, con sobrada razón: “La materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma”, olvidó agregar que en ocasiones desaparece para luego reaparecer. Destruir no es sinónimo de desaparecer. Muchas vidas, sucesos u objetos se destruyen pero no desaparecen. Las vidas de las personas asesinadas quedan en el recuerdo. Las piedras de las ciudades arrasadas son utilizadas para edificar nuevas casas. Los automóviles chocados son deshuesados y algunas de sus partes son colocadas en otros coches. Las ideas en busca de libertad y justicia son borradas y defenestradas por los tiranos, pero, afortunadamente, siempre regresan. En cambio, las hojas llenas de notas cuyo destino es la basura desaparecen y se transforman en polvo. Esa realidad permite jugar con la hipótesis siguiente: algunos polvos tienen presencia y otros tienen memoria. Ésa es una de las razones por las cuales los diccionarios dedican varias entradas a temas relacionados con el polvo.

Bien conocido es el significado de polvo. Todos, sin excepción, pronunciamos la palabra polvo; algunos lo hacen con mucha frecuencia, otros, sólo en ocasiones. En los sitios de los ricos —casas, oficinas— la palabra polvo se repite con mucha avidez; en los sitios de los pobres —calles, barrancos— poco se habla acerca de él. El polvo no sólo es la molesta parte menuda de la tierra, es otras cosas y tiene otros significados. Por ejemplo: Polvareda: 1. Cantidad de polvo que se levanta de la tierra, agitada por el viento o por otra causa cualquiera. 2. Efecto causado entre las gentes por dichos o hechos que las alteran o apasionan.

La primera acepción es bien conocida. La segunda no lo es, y no sólo no lo es sino, ¿cuál es la relación entre el polvo que vuela y la pasión que generan algunos sucesos polvosos? A vuelapluma la respuesta es “ninguna”. Aupado por un poco de vino y el humo del puro intento una respuesta: “así como el polvo se disemina y penetra por doquier, la pasión —el polvo de la vida— corre por las entrañas y las estimula”. No pretendo buscar consenso. Mi respuesta puede ser, para muchos, disparatada, pero, ¿qué hacer con las dos definiciones que ofrece el *Diccionario de la Lengua Española*? Ambas valen, una no excluye a la otra.

Otro ejemplo. La mayoría de las personas sabe que el polvo proviene de la tierra seca; por ende, es una sustancia sucia. Sin embargo, muchas mujeres tienen una polvera (“Recipiente que sirve para contener los polvos y la borla con que suelen aplicarse”) y, en algunos países, polverse significa: “Ponerse polvos cosméticos en la cara”. El último concepto se apega a una de las múlti-

ples definiciones del diccionario sobre el polvo: “Porción de cualquier cosa menuda o reducida a *polvo* —*sic*—, que se puede tomar de una vez con las yemas de los dedos pulgar e índice”.

En el lenguaje de la droga, a la heroína se le llama polvo y en el parlamento del amor, aunque sea con desamor, “echar un polvo” significa realizar el acto sexual. “Estar hecho polvo” es sinónimo de estar muy, muy cansado, y, la leche en polvo es una leche anormal porque la leche, de vaca, de cabra, de mujer o de cangura no es de polvo, es líquida. Los médicos hablan de neumoniosis para referirse a las enfermedades pulmonares producidas por la inhalación de polvo, y el polvo cósmico es el polvo del espacio, compuesto por partículas menores de cien micras. Ésas y otras acepciones —polvificar, polvoreamiento y polvorear— amplían el universo del polvo.

El polvo es omnipresente, eterno, mimetiza y cohabita con la humanidad desde que ésta se enteró de que es humanidad. Aunque polvo no es sinónimo ni de tierra ni de ceniza, mucho comparten. En la religión judía los fieles son enterrados envueltos en sábanas; ese rito garantiza que el cuerpo se desintegrará poco a poco hasta confundirse con la tierra que primero lo parió, con el tiempo lo toleró y, después lo acogerá, para siempre, en sus entrañas. En el rito católico muchos optan por la incineración. Algunos esparcen las cenizas en el mar; ahí el polvo se integra a la vida de los peces y a la eternidad. Otros las guardan en casa. Algunos las dejan a la intemperie para que sea el viento quien las recoja y las lleve hasta donde sigue la vida. Viajan. Se confunden con el polvo. Son polvo. Son el polvo de la Tierra. Huesos, piel, corazón, dientes: ceniza. Polvo, tierra, ceniza: vida. El viejo polvo de la tierra lleva auestas muchas almas. Lleva consigo las historias de las personas que reencarnaron en él, en el polvo de la vida.

De entre el torrente de objetos y cosas que me rodean el polvo me intriga e invita a dialogar. ¿Qué sería del ser humano si siempre fuese sí y no siempre fuese no? Al iniciar estas reflexiones escribí: “El polvo no es una cosa. Tampoco es un objeto. Es algo extraño”. Líneas después agregué: “No es algo pero tampoco es nada”. Ése es el universo del polvo: “no es algo pero tampoco es nada”.

Leo y copio el poema, “Polvo de polillas”, del famoso danzarín japonés Kazuo Ohno. Sus líneas evocan sabiduría y templanza. En el movimiento corporal de este gran bailarín y en las ondulaciones de sus ideas el polvo se convierte en sabiduría:

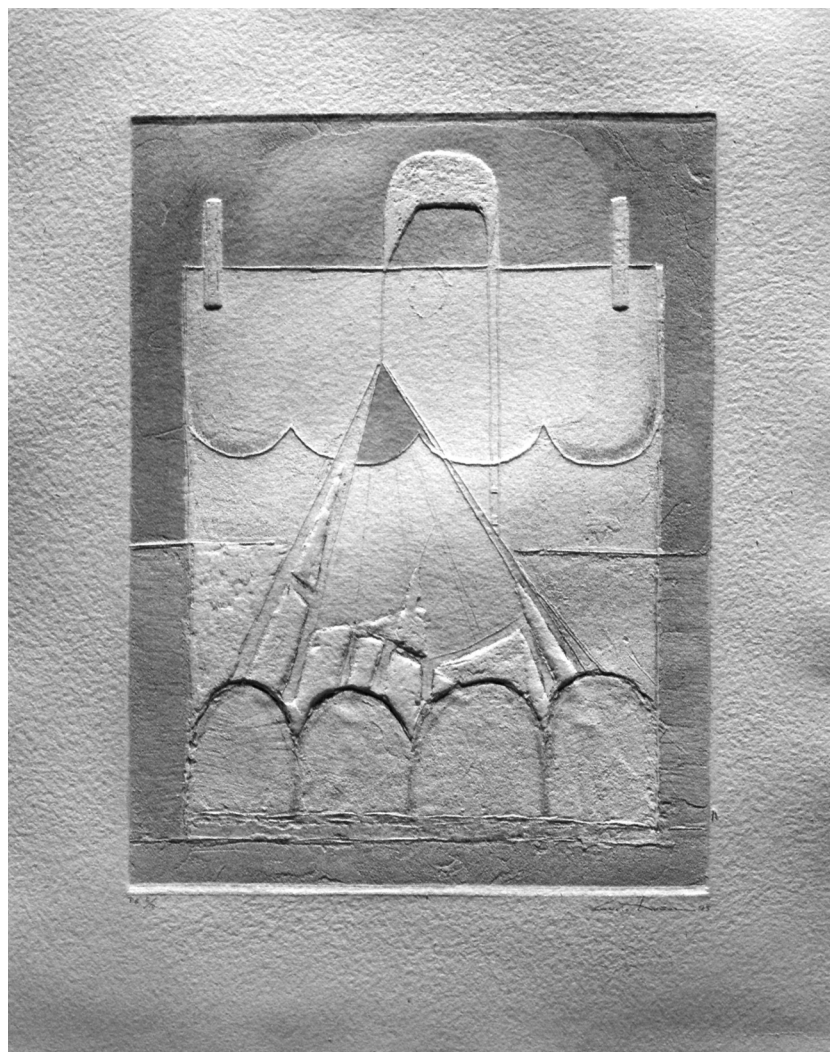
Si quieren comprender sus
propios cuerpos deben aprender a
caminar bajo el mar, en el lecho
marino. Conviértanse en polvo

de polilla. Todas las huellas del
universo se encuentran en las
alas de una polilla.

Polvo de polilla. Larva de insecto. Polvo que no es polvo: como el que llevan adosadas a sus alas las mariposas para mantenerse vivas. Polvo del universo. Polvo que se escurre entre las manos y se esconde bajo las uñas. Polvo que toca los días y viaja de una mano a otra; que vuela de un sitio cercano a otro remoto y se anida bajo la casa de uno y al lado de las casas de todos. Polvo que mira la vida y sabe secretos. Polvo de carcoma, de la madera roída, de las palabras escritas, del final nunca concebido. Polvo cómplice.

Polvo del lodo que sirvió para darle vida al Golem, ese maravilloso personaje de la mitología judía. El Golem era un ser animado a pesar de haberse creado a partir de materia inanimada. Aunque carecía de alma el Golem era un referente: Se acudía a él para un sinfín de razones. Protegía, guiaba, aconsejaba, dirigía y también atemorizaba. Tenía vida. El Golem fue construido a partir de barro.

“Polvo eres y en polvo te convertirás”. Ésa es la historia de la vida, la historia del polvo contada a partir de algo “que no es algo pero que puede ser todo”. **U**



Lucio Muñoz, *La herida*, 1993